

¿Es Dios un problema en tu vida?

Un Universitario escribe a otro Universitario

Juan Sobrino, S. J.

No sé exactamente quién eres ni cómo te llamas ni qué estudias.

Sólo sé que eres un universitario y por eso me gustaría hablar contigo unos minutos.

Tampoco puedo decirte con qué derecho me dirijo a tí, a no ser en nombre de esa libertad de espíritu que los universitarios tanto defienden.

También la importancia del tema me mueve a escribirte, aunque cuando lo hago no estoy seguro si sabré expresarme bien.

A lo mejor, en vez de ayudarte, como es mi deseo, no hago más que embrollarte la cabeza. Quizás no eres tú uno de los que se han enfrentado con el problema del que te voy a hablar. Si es así, lo siento. El problema es delicado y no es fácil explicarse bien, pero el silencio puede ser todavía peor. Mi deseo es hablarte de algo sobre lo que el hombre ha hablado desde que se conoce a sí mismo. Es el problema más complicado y a la vez el más sencillo, y ciertamente es el más importante. Es un problema que está fuera de nosotros, y por eso parece que se nos escapa siempre, y al mismo tiempo está dentro de nosotros en lo más profundo de nuestra existencia y por eso no lo podemos evitar, por lo menos alguna que otra vez cuando con serenidad y valentía nos enfrentamos con nosotros mismos.

Los hombres han hablado siempre de él. Algunos han encontrado la solución arrodillándose delante del sol o de animales, que ellos llamaban sagrados. Otros se han retirado a la cumbre de un monte para buscar allí, en la soledad, su solución. Los hombres han dado vueltas siempre alrededor de ese problema y han encontrado las soluciones más diversas. Algunos incluso han llegado a la conclusión de que el tal problema no existe, o a lo sumo no es más que un problema mal planteado. Los que han llegado a una conclusión han hecho cosas muy diversas por ella. Algunos han pasado su vida en países lejanos viviendo pobemente en hospitales leproserías, tratando de convencer a la gente que su solución es la salvadora.

A veces se han hecho también cosas terribles por la misma causa: se han perseguido, encarcelado e incluso matado a los que no han aceptado una solución determinada. Hoy en día el problema está de moda, sobre todo entre los universitarios. Se escriben libros eruditos sobre él; también las revistas y semanarios lo propagan poniéndolo al alcance de todo el mundo.

I.— JUVENTUD Y RESPONSABILIDAD.

Como ya te habrás imaginado te estoy hablando de eso tan sublime y tan sencillo, tan lejano y tan cercano a nosotros, tan discutido y tan poco comprendido. **TE ESTOY HABLANDO DEL PROBLEMA DE DIOS.** De ese Dios a quien has conocido desde hace muchos años en tu casa, en el colegio, en la misa de los domingos. Ese Dios con quien has vivido más o menos tranquilo hasta ahora, pero que ahora empieza a ser un verdadero problema para tí, pues si vive, por mucho que queramos escaparnos de él, por mucho que nos entreguemos a las ocupaciones, al estudio, a las diversiones, por mucho que no pensemos en él, sabemos que estamos siempre bajo su mirada. Por eso no podemos evitar enfrentarnos con Dios, y hoy menos que nunca, pues, como te decía antes, el problema de Dios parece que se ha puesto de moda.

Todo el mundo opina sobre Dios, todo el mundo escribe sobre El, se hacen películas tratando de descubrir o silenciar su presencia en la vida, la filosofía no conoce mayor problema que el de Dios, y la teología, la ciencia de Dios, desconocida hace unos años fuera de los seminarios, está despertando enorme interés entre los seglares. Por eso, aunque no fuese más que porque el problema está de moda —los hombres somos también esclavos de las modas— quisiera decirte lo que pienso de esto.

MI PUNTO DE PARTIDA DE ESTA CHARLA CONTIGO ES QUE ERES UN JOVEN UNIVERSITARIO.

El problema de Dios se le presenta al universitario de una manera muy particular, distinta al del hombre maduro, por su edad, y al obrero y campesino, por su preparación intelectual. Me parece que la posición del universitario es delicada cuando se enfrenta con Dios. Delicada porque, como joven, pone todo su ardor en resolver el problema y le falta la actitud paciente, no muy celebrada en la juventud. Delicada también por la falta de experiencia de la vida.

El joven "empieza a vivir" pero no es todavía un hombre maduro que ha aprendido en la dura escuela de la vida. Delicada porque el joven cree que él y él sólo es responsable por la sociedad, pues los mayores en su mayoría se han aburguesado. Delicada porque el universitario "empieza una vida intelectual" y no puede menos de caer en la tentación de controlar el mundo con las ideas.

Todas estas circunstancias, como trataré de esclarecerle, hacen muy delicada la postura del joven universitario sobre Dios. Y, sin embargo, todo esto es inevitable. Vivimos "esta" vida y no otra distinta. Tenemos que pasar por esta crisis de madurez nos guste o no. No hemos hecho nosotros la vida, sino que ella nos hace a nosotros, y no podemos triunfar al margen de la vida y sus leyes inexorables, sino dentro de ellas, usando los medios y las crisis que ella nos ofrece. Estas crisis inevitables por las que pasa el universitario complican la solución del problema de Dios. Por eso me gustaría estudiarlas un poco y aclarar lo que en estas crisis hay de inevitable, de peligroso y de estimulante.

* * *

LA PRIMERA CRISIS ES LA DE LA JUVENTUD.

El joven empieza a vivir una vida nueva en todos los órdenes. Los valores antiguos, los que aprendió en su casa o en el colegio, no son ya automáticamente "sus" valores porque el joven empieza a vivir "su" vida, no vive ya de la vida de los demás. Más tarde o más temprano los valores morales y religiosos tradicionales son también sometidos a una nueva valoración personal.

La misma suerte corre lo que la Biblia llama hermosamente "el Dios de nuestros padres". La Biblia quiere hacer resaltar con ello la fidelidad y presencia de Dios en la historia de su pueblo, pero a algunos jóvenes se les empieza a hacer sospechoso un Dios

transmitido de generación en generación. Es que el joven ha empezado su proceso de independencia y por eso somete a crítica, consciente o inconscientemente, todo lo que le rodea, su situación familiar, las condiciones económicas y sociales de su país, la política y la religión, de las cuales él ha sido hasta ahora un miembro más o menos pasivo. Y unido a este sentimiento de independencia aparece el idealismo.

El joven cree en soluciones ideales, no entiende el compromiso, que le parece traición; las soluciones a medias no parecen soluciones. En los albores de la vida ésta tiene que ser de un color, no comprende el claroscuro de la existencia, no acepta la vida "burguesa", la vida de los mayores, hecha de tantas contradicciones. Y cuando vuelve su mirada a la Iglesia normalmente se decepciona. No encuentra en ella a los cristianos puros, cien por cien. Encuentra una Iglesia humana, demasiado humana, demasiado humana para su actitud idealista.

La pobreza predicada por Cristo no aparece casi por ninguna parte. Los cristianos que han ido a los mejores colegios católicos son muchas veces los que cometan las mayores injusticias sociales. La religión de la gente sencilla le parece una superstición, producto de la ignorancia. De pronto parece también que la Iglesia ha tenido y tiene la culpa de casi todos los males del país. En nombre de la Iglesia, piensa él, se destruyeron nuestras culturas primitivas; las exageraciones de la Inquisición empiezan a ser intolerables; la alianza de la Iglesia con el capitalismo, inaguantable; el dogmatismo cristiano parece contradecir lo más íntimo de nuestro ser y la libertad predicada por Cristo. En una palabra, encuentra a la Iglesia demasiado humana y demasiado poco cristiana.

Y no es que falten razones para llegar a esta conclusión, pero su actitud idealista no le permite ver que el cristiano no es un ser de otro mundo, sino ante todo un hombre, acosado por las mismas miserias que todos los demás, pecador como todos los demás. El joven participa de la pasión de Cristo condenando el pecado, la injusticia y el egoísmo, pero le falta la paciencia de Cristo para con el pecador. Quizás es todavía demasiado temprano para comprender el misterioso claroscuro que es la vida del hombre, quizás es demasiado pronto para comprender que no solamente "los otros" sino también "nosotros" somos pecadores e injustos; demasiado pronto para comprender que, misteriosamente, la injusticia no se vence sólo "teniendo la razón", sino con el sacrificio y la paciencia.

* * *

¿QUE TIENE QUE VER ESTO CON EL PROBLEMA DE DIOS?

No es infrecuente que en la crisis de tantos valores ocasionada por la juventud, Dios se esfuma, al menos temporalmente. El Dios del orden establecido parece que no tiene mucho que ver con el joven. Parece que al despertar del sueño de la niñez el lugar que ocupaba Dios en aquel sueño queda ahora vacante o por lo menos no se sabe exactamente quién lo llena. El Dios del sueño parece que no tiene ahora mucho que ofrecer en la vida nueva.

Muchas de las cosas que he escrito ocurren frecuentemente y no pocas de ellas están justificadas. Sin embargo, sería un error sacar conclusiones demasiado precipitadas.

La juventud es el comienzo de la vida. Hay en ella un ardor y un entusiasmo que no se encuentran en otras etapas de la vida. Pero hay también lagunas. En la niñez, por así decirlo, controlábamos a Dios, al buen Señor de barba blanca que nos esperaba en el cielo. Ahora ya no le controlamos más, precisamente porque es ahora cuando el verdadero Dios aparece en la vida.

El tránsito del Dios de la niñez al Dios de la juventud puede ser penoso, pero en parte es la misma juventud, por ley de vida, la que lo hace penoso. El idealismo juvenil quisiera un Dios claro, que no participase de la ambigüedad de la existencia. Un Dios que siempre defendiese acá abajo la justicia, que castigase inmediatamente la iniquidad, que nos hablase claramente y no en la oscuridad de su corazón o sus sacramentos, un Dios que no permitiese que su Iglesia fuese tan humana que la hiciese claramente un signo, un sacramento de su presencia.

Pero Dios no es así.

A Dios no se le pueden poner leyes ni fronteras por muy santas que éstas sean. No se le puede controlear sino al precio de destruirlo, de hacerlo de nuevo el Dios de nuestra niñez, no ya con barba blanca, por supuesto, pero al fin y al cabo un Dios controlado. ¿No es esto parte del problema de Dios en la juventud?

La juventud es el comienzo de la vida, el tránsito de la niñez a la madurez, y aunque no lo creamos, aunque quizás nos moleste oírlo, traemos a la juventud, como es natural, algunas trazas de nuestra niñez. Y en el problema de Dios se ve claramente. Secretamente queremos seguir controlando a Dios, como niños, para que no nos asuste con su misterio infinito, pero esto no es ya posible. Por eso creemos que Dios ya no nos habla, que no está con nosotros.

Alguno diría incluso que Dios ha muerto. Pero ¿no es este silencio de Dios que empezamos a oír ahora una señal de que empezamos a vivir en la presencia del Dios verdadero, del Dios misterioso, del Dios que alegra nuestra juventud, del Dios que no conoce otro Señor más que El? ¿No es el cambio de la juventud, como todo cambio, un momento de decisión seria, un salto hacia adelante, que no se puede dar añorando lo que hemos dejado atrás?

Hay cosas que sólo se aprenden con la experiencia, que no se pueden prevenir de antemano ni se pueden resolver solamente leyendo libros. Hay que decidirse a vivirlas. Si Dios se hace silencioso en la juventud, es porque todavía tenemos oídos de niño en este campo. El joven, tiene que aprender a oír a Dios no sólo en su idealismo juvenil sino en el realismo de la experiencia, en la del gozo y el sufrimiento, en la vida donde se lucha por justicia mientras que parece que triunfa la injusticia, en la vida de las exigencias totales y de las pequeñeces humanas, en la vida del propósito noble y la caída débil. La palabra de Dios tenemos que oírla en el claroscuro de la vida y no en una vida idealizada.

La juventud no es un fin en sí misma. Es una preparación para la madurez, como ésta lo es para la ancianidad y ésta para la eternidad. También el joven puede encontrar a Dios en su juventud, pero con tal que no le ponga condiciones, que reconozca que el Dios de su juventud es el Señor del tiempo, el Dios de todas las edades, que exige una conversión cada vez que pasamos de una edad a otra.

* * *

LA SEGUNDA CRISIS DE LA QUE QUISIERA HABLARTE ES LA CRISIS DE LA RESPONSABILIDAD.

La juventud es el comienzo de una responsabilidad nueva: LA RESPONSABILIDAD CON LOS DEMAS.

De pronto siente el joven que él es también parte del mundo, que el mundo no queda lejos de él, sino que casi por arte de magia descubre que él también tiene algo que hacer y decir en ese mundo. ¿Qué tiene esto que ver con el problema de Dios?

Ante todo hay que hacer algunas aclaraciones. Cuando digo que el joven empieza a sentir responsabilidad por los demás no niego que hay bastantes, incluso muchos, para quienes su vida universitaria parece una continuación de su vida colegial. Estos estudian lo mínimo para pasar exámenes; si tienen dinero y carro aumentan sus diversiones en proporción directa a sus posibilidades financieras, y en general no parecen preocuparse por los demás. Otros se preocupan casi exclusivamente por su carrera con la intención entre egoista y sana de buscar cuanto antes una buena colocación que les proporcione dinero. Para éstos el problema de Dios no es una preocupación obsesiva y la crisis de la responsabilidad no se lo aumenta.

Al hablar del comienzo de la responsabilidad me refiero a otro tipo de universitarios. En Europa, por ejemplo, no ha sido raro encontrar estudiantes después de la guerra que movidos por la filosofía existencialista empiezan a preguntarse si su libertad, y por lo tanto su responsabilidad no se ve menoscabada por la existencia de un Dios todopoderoso, que por así decirlo, tiene siempre la última palabra que decir sobre lo que se hace aquí abajo en la tierra. Ese Dios, mal entendido ciertamente, parece que hace desaparecer nuestra verdadera responsabilidad para con el mundo. En otras palabras, parece que nos ha hecho unos muñecos, nos ha hecho creer que tenemos responsabilidad, cuando en último término la responsabilidad radica sólo en él. Esta típica problemática existencialista supone también una crisis sobre Dios.

Pero tampoco de esto quiero hablar ahora. En las universidades latinoamericanas el problema de la responsabilidad se suele presentar de otra manera. Dada nuestra situación económica y social, el sentido de responsabilidad suele aparecer como una especie de ideal redentor de las clases más pobres. De repente nos vemos en un mundo desequilibrado social y económicamente y vemos que nosotros formamos parte de ese mundo, que somos nosotros, no los habitantes de un mundo desconocido, los que hemos de salvar a estos países, o hundirnos juntamente con ellos.

* * *

ESTE MOMENTO DEL SENTIDO DE LA RESPONSABILIDAD SOCIAL SUELE TENER TAMBIEN UN MOMENTO DE RECHAZO, QUE ROZA DE CERCA EL PROBLEMA DE DIOS. RECHAZO DE ESTE ORDEN EN QUE VIVIMOS Y RECHAZO DE TODO LO QUE LO HA MANTENIDO.

Rechazo en economía del sistema capitalista y rechazo de las estructuras sociales hasta ahora existentes, que han conducido a tantos males. Por lo que toca al problema de Dios, lo interesante aquí es el rechazo de la Iglesia, tan ligada a nuestra cultura. Entonces se empieza a percibir con agudeza y acritud las riquezas, reales o supuestas, pasadas o presentes, de la Iglesia.

Las contribuciones sociales de la Iglesia en Latinoamérica, las históricas reducciones del Paraguay, la fundación de Universidades, los hospitales y demás obras humanitarias llevadas a cabo por iniciativa de la Iglesia, las encíclicas sociales de los papas en los últimos tiempos —si es que se han leído—, parecen desaparecer ante la aparente despreocupación de la Iglesia en general por los problemas terrenos.

Entonces es generalmente cuando el universitario empieza a oír las palabras de Marx “la religión es el opio del pueblo” y empieza a dudar si en el fondo no serán verdad estas palabras; si la religión no será una forma de evadir nuestra responsabilidad de hombres. Entonces empiezan a hacerse intolerables los sermones que nos hablan de otra vida más justa allá en el cielo, cuando los problemas los tenemos a diez metros de la iglesia donde oímos el sermón.

Este movimiento antireligioso, por considerar la religión antisocial, suele llevar también a condenar al Dios que patrocina la religión, al Dios que exige la misa semanal, pero que, así al menos parece a juzgar por lo que hacen los cristianos, no se preocupa de que millones de hombres vayan hambrientos todos los días a la cama.

En este momento el universitario suele estar predispuesto para otra concepción de la vida más social, y hoy esa suele ser el marxismo. Como veremos más adelante el universitario busca también una estructura intelectual que dé sentido al mundo, y ésa cree encontrarla en el marxismo, pero de momento quiero fijarme sólo en el aspecto social.

Lo que le fascina del marxismo se puede simbolizar en la célebre frase de Marx “los filósofos han hablado mucho del mundo; nosotros lo que queremos es cambiarlo”. Aunque el universitario es mucho más racionalista de lo que éi cree, esta frase de Marx, esta llamada a la actividad, a la responsabilidad social, es vista como una alternativa a una religión adormecida. En la elección de alternativa Dios puede desaparecer.

* * *

Pero este comienzo de la responsabilidad para con el mundo que nos rodea tiene un segundo aspecto perturbador, por lo que atañe al problema de Dios.

Me refiero al PROBLEMA DE LA EXISTENCIA DEL MAL, del sufrimiento, del fracaso de la justicia y el triunfo del egoísmo en el mundo.

El mal sigue siendo un escándalo insuperable y cuando empezamos a querer transformar el mundo tarde o temprano nos topamos con ese escándalo. Una primera solución rápida al problema es que un Dios que permite el mal no merece serlo. Un mundo donde madres ven morir a sus hijos a los días o meses de haber nacido por falta de condiciones sanitarias en el país, donde niños inocentes y mujeres indefensas mueren carbonizadas por bombas de napalm, donde unos tienen que trabajar doce horas al día para comer unos frijoles y unas tortillas, mientras otros van a Miami y Nueva York de compras o de fiesta,

donde son exterminados millones de hombres por el único crimen de pertenecer a una raza, donde la verdad es ineficaz, donde el engaño y el compromiso son la llave del éxito, donde se gastan millones en armamentos y se dedican las sobras al desarrollo de los países menos privilegiados, donde hay miles de suicidios anuales de gente desesperada: un mundo así no puede estar gobernado por un Dios bueno y justo. ¿No será la única justificación para ese Dios, como piensan algunos, decir que ese Dios no existe?

En esta situación, cuando el joven siente imperiosamente su responsabilidad, su deseo de ayudar a su país, de poco valen las explicaciones del por qué del mal, si no es para irritarle aún más.

El mal ciertamente es escándalo y ante él no valen mucho las palabras humanas. Solamente el supremo quijotismo cristiano que quiere superar el mal con la paciencia activa, la injusticia con el amor, el engaño con la verdad heroica, puede encontrar un sentido en este mundo aparentemente absurdo.

Pero la edad del joven no es la más indicada para esta actitud. Hablar de paciencia, esperanza, perdón suena a traición, a opio. La estremecedora figura bíblica de un Job, fiel y paciente ante la adversidad, no es generalmente el símbolo de la juventud. Es una verdad elemental que tenemos que vivir con y entre el mal.

Pero esta es una verdad mal digerida por la juventud. Y por eso Dios puede ser también mal digerido entre los jóvenes que han sido alucinados por la utopía marxista que llama a la actividad en busca de esa sociedad ideal, sin clases, en que cada uno dará según sus posibilidades y recibirá según sus necesidades, una sociedad, en fin, que no verá la sombra del mal, o lo reducirá a un mínimo inevitable. Este suele ser el ocaso de Dios y el triunfo de Prometeo, que tanto impresionó a Marx en su juventud, el cual prefiere vivir solo y encadenado a ser esclavo de dioses injustos.

Pero la luz puede volver a brillar. Siempre será la luz de Dios con las sombras del mal, pero luz en definitiva.

* * *

La vida enseña normalmente otra verdad evidente pero paradójica: hay que luchar contra el mal, hay que luchar por superarlo, pero sabiendo que siempre viviremos con él. Quizás lo único que consuele un poco es la experiencia de que el mal puede ser también asimilado, que el sufrimiento ha sido y sigue siendo un ingrediente imprescindible para lograr la verdadera grandeza humana. El por qué de esa ley humana nunca lo sabremos.

Ese es otro de los misterios que nos hace volver ante el Dios misterioso e incontrorable, el Dios que no está hecho a la medida de nuestro corazón, sino que es mayor que nuestros corazones; el Dios cuyos pensamientos no son nuestros pensamientos, ni sus caminos nuestros caminos; el Dio que, en definitiva, ha tenido la delicadeza de no perdonar a su Hijo y dejarle que muriera en una cruz. A ese Dios que no se le puede pedir explicaciones, pero se le puede creer.

No se puede comprender la profundidad de sus designios, pero se puede intentar vivir según el sermón que su Hijo pronunció en la montaña ante gente que sufrió día a día como nosotros. Y viviendo las paradojas de las bienaventuranzas podemos quizás obtener una luz que no hace ciertamente desaparecer la sombra del mal, pero nos la hace ver como es, como sombra situada siempre detrás de una luz más potente, la luz de Dios.

El mal no tiene por qué ser un escándalo insuperable, pero suele ser una crisis inevitable en el joven que ha visto despertar su responsabilidad para con el mundo.

Al principio le puede parecer que Dios no es su aliado en la lucha contra el mal de esta tierra. Quizás más adelante esa misma responsabilidad suya, no ya utópica, sino realista, y la experiencia de la vida, le hagan ver que Dios es en verdad su aliado para construir un mundo más humano, pues, en definitiva, un mundo donde el hombre no puede adorar a Dios, a pesar de todas las posibles ventajas económicas, se convierte paradójicamente en el más asfixiante de los mundos, y como decía Dostoievski un mundo construido al margen de Dios es el más inhumano de los mundos.

Un cordial saludo.

JUAN SOBRINO, S. J.